

AÑÓN DEL MONCAYO. REFLEXIONES SIN ONOMATOPEYAS SOBRE LA GESTIÓN DE LA CULTURA

Luis Ben (relator)

«Hay onomatopeyas providenciales. Imagínense que tuviéramos que describir el proceso de evaporación del sujeto con todos sus pormenores. Serían necesarias, por lo menos, diez páginas. Plof.»

José Saramago. *El viaje del elefante*

Añón del Moncayo es un pequeño pueblo aragonés de doscientos cincuenta vecinos al pie del famoso monte del Sistema Ibérico. Se trataba de una tierra de fronteras en el medioevo hispánico entre navarros, aragoneses y castellanos, posee un castillo del siglo XII herencia de aquellos oscuros y belicosos tiempos. En este pueblito situado en la comarca de Tarazona, se reunieron en abril de 2016, cual viejos compañeros de armas licenciados tras duras batallas, siete gestores culturales provenientes de diversos rincones de España. Dos aragoneses, dos vascos, un catalán, un castellano y un andaluz. Siete varones, ausencia total de la paridad, mayores de cincuenta años, veteranía en grado sumo, seis de ellos de instituciones públicas y locales, peso institucional, formación humanística en su mayoría, un sólo economista como excepción a la regla, y como dato interesante y relevante, algo chamuscados con los tiempos que corren. Un grupo de amigos, por qué negarlo, con amplia y solvente trayectoria profesional que se dieron un fin de semana de vinos de garnacha, carnes consistentes y recuerdos compartidos entre la nostalgia y lo proustiano. Una ausencia sentida por todos, la de Chus Cantero, ese sevillano de Bilbao al que la Feria de Abril retuvo en su tierra andaluza.

Dos desayunos prolongados en conversaciones, diálogos, discursos cruzados y algún que otro desahogo fueron recogidos en grabación y de esas palabras dichas, a estas otras palabras escritas. Resumidas, condensadas, sintetizadas y comentadas ellas. Si se decía en tiempos aquello de *traduttore traditore*, en este caso podríamos afirmar que el transcriptor posiblemente es un traidor.

Pero vayamos al grano, al cogollo de lo hablado, que el espacio es corto. Podríamos situar el origen de todas las reflexiones en esa incertidumbre que a nuestro país ha traído lo que se ha dado en llamar la nueva política. Porque no sólo en el mundo político puro y duro lo nuevo, si es tal, la nueva política, la herencia del 15M si es tal, ha traído conmoción. También en el sector de la Gestión Cultural, en las instituciones culturales sobre todos ayuntamientos y diputaciones, la ola de cambio ha producido erosiones, convulsiones, incertidumbres, no sabemos aún si de esperanza o de desasosiego, pero cambios al fin al cabo. Quizás la situación

DOI: <http://dx.doi.org/10.25267/Periferica.2016.i17.02>

vital, biológica incluso, de profesionales con un largo recorrido y el haber visto ya de todo hacía que las conversaciones arrancaran con un cierto tono pesimista. Y no es casual que el primer tema que se coloca sobre la mesa sea la sensación de que lo nuevo viene sin memoria y sin ganas de tenerla. En este sentido se llega a afirmar que si bien los viejos, los veteranos, puede que sean reacios al cambio y a lo nuevo, ellos, los nuevos, no quieren saber nada de la memoria, de la historia de la gestión cultural de este país. Se ejemplifica en el caso de Barcelona cuando una de las nuevas propuestas es redactar una carta de derechos, deberes y compromisos culturales de la ciudadanía, y resultó que dicha carta ya estaba hecha y casi aprobada por un pleno del ayuntamiento desde el año 2002, o que ya a mediados de los ochenta se trataba de formar a los talleristas de los centros cívicos no en las respectivas técnicas artísticas sino en los procesos, por poner dos ejemplos de temas sensibles a la nueva política. Este adanismo de lo nuevo, la sensación entre los presentes de que los nuevos responsables de las políticas locales con los profesionales que les acompañan, no es tanto que desprecien lo anterior a ellos como que ignoran que durante más de treinta años se hicieron cosas, buenas, malas y regulares, pero hubo trabajos, propuestas y proyectos. Se opina, que en este caso, también hay que reprochar a las instituciones públicas una cierta dejación a la hora de conservar la memoria de su labor institucional en el tiempo. Más sabiendo que uno de los pilares de la innovación es la propia memoria. En este aspecto de la crítica a la nueva política se señala el hecho curioso de cómo detrás del 15M hubo mucha gente de la cultura, pero cuando se transforma en movimiento político la cultura pierde centralidad. La nueva política termina funcionando como la vieja, «la cultura es una palanca de acceso al poder», al final se utiliza simplemente para «embellecer el discurso».

No obstante también constatan que el paso del tiempo pasa factura a todos, no hay excepciones, y que perciben como han pasado de ser jóvenes promesas a viejas glorias, sin solución de continuidad. En esta línea observan con cierta preocupación que hay un escaso relevo generacional, sobre todo en el sector público. En los departamentos municipales de cultura y de otras instituciones territoriales abundan cada vez más las canas y no se incorporan en la cantidad precisa personas jóvenes que garanticen la continuidad de personal y el necesario relevo. La sensación es que existe interés en dejar morir por su propio peso, biológico, a los servicios culturales. Ayudan la crisis como excusa y las reformas orgánicas en las administraciones que castigan a los servicios deficitarios y de competencia dudosa (entrecomillen las últimas palabras). Una sombra pesada de preocupación por el futuro de las instituciones culturales públicas, esencialmente las más territoriales, levitaba sobre las cabezas y los corazones de los veteranos gestores. Existe en su ánimo una cierta conciencia, no buena, de haber sido una generación tapón, hecho que ha venido bien a este intuido proceso de liquidación de las instituciones y servicios culturales.

Una segunda preocupación, con ciertos sabores amargos de derrota, era la de los discursos dominantes en el mundo de las políticas y la gestión cultural. En la gran mayoría de las ins-

tituciones culturales han tomado cuerpo y han sido aceptadas como verdades incuestionables tanto la retórica de las industrias culturales como la del emprendimiento. De entrada cuestionan el concepto de industria cultural y lo consideran de uso más que dudoso, ¿un grupo de teatro es una industria cultural? Se preguntaba uno de los gestores. Desde los últimos años gran parte de nuestra clase política cultural ha comprado una ideología que remite el mundo de la cultura a normas económicas que lo vacían de contenidos sociales y muchas veces culturales. La utilidad económica de la cultura se ha convertido en un dogma de fe, de fe neoliberal, por supuesto. En paralelo, complementando lo anterior, se ha reiterado una letanía que anunciaba los parabienes del emprendimiento, una idea lanzada sobre todo a los jóvenes. Emprende y triunfarás, lo que traducido suele significar echar muchas horas, días festivos y energías para obtener un salario muy básico. Un engaño. Y a estos dos discursos, alegremente aceptados por la clase política y muchos gestores, irrumpe de la mano de la nueva política el de los procesos y la participación. Quizás por esa falta de memoria y adanismo al que se aludía antes no sean conscientes de que se trata de algo que tiene ya décadas de tradición y que se ha llamado siempre Animación Sociocultural. Una herramienta, una metodología, un concepto de política cultural y social con décadas a sus espaldas. Incluso hay quien afirma que algunos son capaces de compatibilizar ambos discursos, con una mano me dirijo a la participación, con la otra mantengo el discurso duro de las industrias culturales y el emprendimiento.

Siguiente preocupación, no necesariamente menor que las anteriores, la de la generación de un corpus teórico de la profesión. ¿Se ha reflexionado, investigado y escrito lo suficiente? ¿Lo generado era lo que se necesitaba? ¿Lo ha hecho quien debía hacerlo bien por obligación, bien por devoción? Las respuestas tienden más al no que al sí. El papel de la academia, esencialmente las universidades, resulta muy cuestionado por los presentes, entre otras cosas porque lo más evidente es que está reforzando los discursos dominantes a los que nos referíamos más arriba. Un discurso nada crítico y con muy poca capacidad para generar práctica. No obstante realizan un acto de autocritica como profesionales en este ámbito, ya que no se han articulado espacios en los que traducir la teoría en práctica (y viceversa, apuntillan). Igualmente desde la práctica profesional no se han generado soportes de pensamientos o los pocos que hubo terminaron por desaparecer. El mea culpa se produce rotundo cuando se llega a afirmar que «ha sido más cómodo pasar a ser programador, movedor de recursos y no preguntarnos ciertas cosas».

Los derechos culturales y su plasmación en servicios públicos centraron algunos momentos intensos del debate. Con independencia de que la crisis y ciertas políticas estén amenazando el acceso a la cultura y otros derechos que se creían consolidados o como mínimo aceptados en general, se observa que a los actuales servicios de cultura lo que les queda es aguantar, peor que mejor, la actual estructura existente (bibliotecas, museos, teatros, archivos, etc.) y dar un precario apoyo al precario tejido social y cultural existente. ¿Qué significa esto? sen-

cillamente que hemos dejado el papel principal, además del que se lleva más recursos, a otros agentes y sectores no culturales. ¿A quiénes? Pues a los más arduos defensores del discurso oficial de las industrias y el emprendimiento cultural. Nos encontramos de esta manera con departamentos de cultura con un elevado nivel de gasto cautivo, el que da soporte a la estructura, y con muy escaso margen para encarar otros caminos como los del fomento de la creatividad, la diversidad y la innovación en cultura. En resumen, dicho con la rotundidad de uno de Bilbao, «la caída del estado del bienestar ha supuesto la quiebra del sistema de financiación pública de la cultura y como no articulamos un sistema de derechos culturales y competencias básicas, nos hemos ido al c...». No obstante, también se señaló que el error fue no considerar que el derecho a la cultura ya estaba en la ciudadanía, pero que se ha insistido en mantener unas pautas erróneas en la relación entre ésta y la administración y ello ha sido nefasto, incluso a veces se ha maltratado a la propia ciudadanía. Se precisa corregir un error muy común, que lo público es lo que legitima a lo ciudadano y a lo cultural. La realidad es que su papel es el de reforzar la legitimidad inherente a ciudadanía y cultura.

Pero una reunión de gestores culturales no sería tal si no hubiera la correspondiente andanada de quejas, lamentos e imprecaciones en torno a los equipamientos culturales. Aunque en este tema el debate fue menos ordenado, sí que podemos concretar algunas afirmaciones interesantes. La permanente y eterna crisis de modelo de los centros cívicos tuvo su lugar, señalando que probablemente estamos ante equipamientos que han derivado en productos sin significados, que no aportan sociabilidad, en meros almacenes de entretenimiento más o menos cercanos. No faltó la crítica a los equipamientos mastodónticos, los de dimensión monumental, donde el edificio suplanta a los contenidos o bien los transforma en mera excusa.

A modo de conclusiones, de una manera un tanto desordenada tal y como fue la discusión, desorden que no implica ligereza sino por el contrario profundidad de pensamiento, se podrían listar algunas ideas que obtuvieron un grado amplio de consenso:

- Se han consolidado poco los servicios públicos en cultura, lo que los ha hecho más vulnerables y prescindibles ante la crisis.
- Habría que ampliar el marco normativo de la cultura y consolidarlo, algo que no se hizo en su momento.
- Los gestores, las propias instituciones culturales, ya no son reconocidas como agentes de cambio.
- Aunque parezca increíble, después de treinta años hay que volver a definir y defender el sector público y el papel de la cultura en la sociedad.
- Hay que tratar, de una vez por todas, de ordenar las relaciones entre lo público, lo privado y lo social sin la búsqueda de hegemonías o supremacías por ninguna de las partes.

Los veteranos de Añón dijeron muchas más cosas en torno al momento actual, tiempos de zozobras, de las políticas y la gestión cultural. Temas, asuntos, palabras todas relacionadas con lo arriba descrito. Los desayunos en el viejo castillo del pequeño pueblo aragonés dieron mucho de sí. El compromiso era recoger lo esencial de un grupo de gestores curtidos en una par de páginas. Como dijo uno de ellos, «todos hemos bajado a los infiernos, pero estamos aquí». Gestores en los que se adivinaba bajo todo su andamiaje reflexivo una gran preocupación. Que treinta años de gestión cultural en España no acabaran en una muy expresiva onomatopeya. Plof.

Relator: Luis Ben

Participantes en los debates de Añón de Moncayo

Eduard Miralles

Presidente de Interarts, fundación especializada en cooperación cultural internacional, y Asesor de Relaciones Culturales de la Diputación de Barcelona, donde ha dirigido el Centro de Estudios y Recursos Culturales y la bienal *Interacció* de políticas y gestión cultural. Colabora como consultor en materia de cultura, cooperación y desarrollo con organismos como FEMP, AECID, OEI o UNESCO. Fue el primer vicepresidente de ENCATC, Red Europea de Centros de Formación de Responsables Culturales y fundador de INTERLOCAL, Red Iberoamericana de Ciudades para la Cultura). Forma parte del Comité Ejecutivo de la Red Española de la Fundación Anna Lindh.

Javier Balvuenza

Arranca en el ámbito del voluntariado cultural de finales de los años setenta. En 1984 entra en la profesionalización en la Diputación de Salamanca, donde asume diferentes responsabilidades técnicas pasando los últimos 5 años a dirigir el Área de Cultura. Tras 25 años de dedicación a la cultura desde una institución provincial, salpicada de incursiones en la docencia como profesor asociado de la Universidad de Salamanca o profesor invitado en diferentes cursos, conferencias o másteres de gestión cultural, se implica en un proyecto de transformación de un centro cultural a través de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, en su sede de Peñaranda de Bracamonte. Recala, de manera temporal, en *Culturas Tímidas*, para aportar la experiencia que le ha dado ese recorrido diverso en un momento clave de cambio de paradigma en el mundo de la cultura, para cerrar su ciclo profesional como Técnico Superior de Cultura en la Diputación de Salamanca.

José Ramón Insa

Aproximación expandida a la cultura desde varios frentes: en lo laboral (cooperación, redes y gestión en el Ayuntamiento de Zaragoza), investigación y análisis en lo vocacional (consultoría y publicaciones) y creación en lo experimental (fotografía con alguna exposición de vez en cuando). Por todo y por ello en permanente esquizofrenia entre la estructura y el nomadismo, en permanente conflicto entre la subversión y la norma. Y más de la deriva que del plan estratégico.

Luis Ben

Técnico de Promoción Cultural de la Fundación Provincial de Cultura de la Diputación de Cádiz desde 1984. Responsable de formación de la Red de Técnicos de Cultura de la provincia de Cádiz entre 1989 y 1997. Director Adjunto de la Fundación Provincial de Cultura (1997-2001). Profesor en los Másteres de Gestión Cultural de las Universidades de Sevilla, Granada y Zaragoza. Miembro de la Comisión Técnica de la FEMP (Federación Española de Municipios y Provincias) para la redacción de Indicadores Culturales Municipales. Miembro de la comisión de redacción de los Indicadores para la Cooperación Cultural al Desarrollo (AECID). Miembro del Consejo Científico de *Periférica*, Revista para el análisis del territorio y la cultura. Autor del libro *Indicadores Culturales para Extensión Universitaria*. Dirigió el proyecto de cooperación Mapas Culturales de las Provincias de Cádiz y Tetuán. Director de Proyectos del Consorcio para la Conmemoración del II Centenario de la Constitución Española de 1812 (2010). Director del estudio Industrias culturales en Guatemala, el sector de las Artes Escénicas en medios urbanos.

Miguel Zarzuela

En la actualidad, Coordinador General de EBRÓPOLIS, Asociación para el Plan Estratégico de Zaragoza y su Área de Influencia. Responsable de la subred ibérica de CIDEU, Centro Iberoamericano de Desarrollo Estratégico Urbano. Ha sido Director General de Cultura del Ayuntamiento de Zaragoza y responsable del Área de Cultura de la Diputación Provincial de Huesca. Miembro fundador de la Banda del Canal. Torrero, (Zaragoza).

Mikel Etxebarria

Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Deusto y Master en Gestión y Políticas Culturales por la Universidad de Barcelona. Jefe de Servicio de Acción Cultural de la Diputa-

ción Foral de Bizkaia. Presidente de la fundación Aurten Bai para la promoción de la lengua y la cultura vasca. Miembro del patronato de Interarts, fundación especializada en cooperación cultural internacional. Miembro del Comité Ejecutivo de NPLD, red europea por la diversidad lingüística. Ha sido concejal de Cultura del Ayuntamiento de Amorebieta-Etxano (Bizkaia) en la legislatura 1987-1991 y Viceconsejero de Cultura del Gobierno Vasco (1992-1995).

Roberto Gómez de la Iglesia

Economista y Gestor Cultural. Director de c2+i de Conexiones Improbables. Experto en diseño y mediación de procesos de innovación abierta e hibridación, fue fundador y director del Grupo Xabide durante 25 años. Ha dirigido cientos de proyectos culturales, de comunicación y sensibilización pública, de desarrollo de la economía social, el fomento del emprendizaje y la innovación, entre ellos Divergentes y Disonancias. Es profesor en diferentes másteres de Gestión Cultural, Comunicación y Economía Creativa.



De izquierda a derecha. Miguel Zarzuela, Roberto Gómez de la Iglesia, Luis Ben, Mikel Etxebarria, José Ramón Insa, Eduard Miralles y Javier Valbuena.